

tiva por las calles se exteriorizó el popular afecto no sólo hacia la persona del Rey, sino hacia la de su Corregidor en Murcia don Bernardo de Roxas. El desfile terminó en las Casas Consistoriales donde el Vitor fué colocado bajo un dosel magnífico para que ante él hiciera el último turno de guardia, por protocolo, el señor Corregidor.

La noche cerró con otro vistosísimo castillo de fuegos de artificio con la alegoría del desembarco del rey don Carlos en un navío con sus jarcias y arboladuras que echaba al aire del fuego flámulas y gallardetes. Tan feliz inventiva, que sorprendió a los asistentes y mereció encendidos aplausos y parabienes, fué recogida por un poeta anónimo:

Cuando el arte ha inventado de horroso
de primor artificio, y delicioso
en máquinas, zumbidos,
tronantes estampidos,
en ráfagas de luz crespas hermosura,
salteadora del viento en esa altura,
otro tanto se vió sin confusiones,
llamar las atenciones
de un pueblo innumerable.

Los cuatro últimos días de las fiestas cogen a los cronistas ya cansados y agotado totalmente su repertorio de ditirambos y barroquismo. Sienten prisa por terminar su cometido y lo hacen dedicando a estos días sólo seis o siete páginas del librito. Nos cuentan que el del viernes se lo reservaron los escribanos, procuradores, y notarios, y que miércoles, jueves y sábado se dedicaron a espectáculos de circo como principal atracción. Estas funciones de circo eran corridas de toros y las de la proclamación de Carlos Tercero se celebraron en la Plaza de Santo Domingo, como más capaz, que se pobló de señoras y señores murcianos ataviados con sus más ricos trajes. Los diestros que habían de lidiar las reses, concurrieron de diver-

